

De vecinos distantes al amor sin barreras

LORENZO MEYER

Lo que ya no es posible saber hasta qué punto la élite que actualmente tiene en sus manos las riendas del país está consciente de lo lejos que se encuentra del origen de su proyecto político internacional. El grupo en el poder busca afianzar su éxito político y el de su modelo económico eliminando los muros que en el pasado reciente le dieron a México una independencia relativa frente a Estados Unidos.

Al nacionalismo económico que hasta hace apenas unos años dominó el discurso político oficial mexicano de la postrevolución le pareció inconveniente subrayar el hecho de que el ala más radical de los liberales, triunfadores en 1867 y que determinaron la naturaleza del posterior proceso histórico mexicano, haya visto en la cercanía económica y política con Estados Unidos una llave maestra para abrir en México las puertas de una modernidad que la herencia colonial mantenía cerradas.

Este afán de soslayar las simpatías liberales por el modelo americano de desarrollo se explica porque, a partir de los años treinta, los gobiernos mexicanos rechazaron el internacionalismo económico de esos liberales - quienes requerían de la cercanía económica y el apoyo político de los Estados Unidos-. Ello debido a que ya no cuadraba con el modelo económico adoptado a raíz de la Segunda Guerra Mundial: la industrialización basada en el mercado interno por la vía de la intervención estatal activa, la protección contra la competencia externa, los subsidios directos e indirectos a empresarios y trabajadores, y el control político de los actores productivos mediante el cor-porativismo.

Esta vía al desarrollo económico, como bien sabemos, justificó su evidente autoritarismo, sus muchas ineficiencias económicas y su alto costo social en nombre del nacionalismo -que convirtió en virtud a las nacionalizaciones- de la proporción de la actividad productiva, directamente en manos de empresas del estado, y de la distancia económica y diplomática frente a Estados Unidos.

Hoy, la parte central del proyecto nacional de la élite que domina la alta política, la economía y la cultura mexicanas es, en muchos sentidos, la negación del proceso descrito en el párrafo anterior. En la actualidad, el acercamiento a la economía norteamericana, por no decir la integración, es uno de los ejes de la nueva política que, a falta de mejor nombre, se le ha denominado neoliberal. A este abandono del nacionalismo por las élites corresponde una actitud semejante de las masas.

Por razones que tienen mucho que ver con el abuso del discurso gubernamental nacionalista, por los estragos que causó en la sociedad mexicana la gran crisis económica de los años ochenta y por las tendencias dominantes en el ámbito internacional -donde el bloque capitalista se impuso al socialista en la guerra fría-, los grupos mayo-ritarios tampoco muestran ahora gran entusiasmo por el nacionalismo surgido y forjado en el periodo de la Revolución Mexicana pero, finalmente, mal encausado desde el punto de vista del interés mayoritario.

Según la encuesta de opinión publicada en el primer número de *Este País*, el 59 por ciento de los entrevistados de una muestra representativa de la población mexicana estuvieron de acuerdo con una hipotética integración de México con Estados Unidos para hacer un solo país, si por esa vía se lograra una mejor calidad del nivel general de vida.

El proyecto original

Si Lorenzo de Zavala o Miguel Lerdo de Tejada estuvieran en posibilidad de reaccionar a la evolución reciente de la política mexicana, no sólo no se sorprenderían sino que la aprobarían, pues es congruente con las posturas que esos liberales doctrinarios y radicales -liberales puros- adoptaron en su época. En efecto, los neoliberales hoy en el poder comparten con sus predecesores del siglo XIX, entre otras cosas, un punto de vista muy similar frente al factor norteamericano: una de las claves de la prosperidad mexicana en momentos de crisis está precisamente en lograr el acercamiento sustantivo (económico y político) de México con su vecino del Norte, y no en mantenerse en el aislamiento relativo, pues ello sólo le sirve para preservar las causas del atraso material y moral de México.

Uno de los atractivos que Estados Unidos tenía para los reformadores mexicanos de entonces y de ahora, es su imagen de exitosos, de ganadores. Las revoluciones norteamericana y francesa fueron, desde fines del siglo XVIII, dos de las principales fuentes de inspiración de aquél pequeño pero influyente grupo de mexicanos -básica, aunque no exclusivamente, criollo- deseosos de explotar la enorme riqueza que el sabio alemán Alexander von Humboldt había asegurado, al principiar el siglo XIX, que tenía el reino de la Nueva España pero que se malograba como resultado del sistema colonial. De Estados Unidos los liberales admiraban y deseaban repetir su éxito en la lucha anticolonial y en la construcción de estructuras republicanas que efectivamente protegieran la libertad del ciudadano y su iniciativa económica individual.

Sin embargo, y sobre todo, los liberales admiraban el inegable éxito material norteamericano, producto de la destrucción de las barreras comerciales coloniales y de la construcción de una sociedad donde, como en ninguna otra del planeta en ese momento, imperaron las reglas del mercado y de la libertad económica. En efecto, en 1800 el ingreso per cápita norteamericano era 2.2 veces superior al de México, pero en 1845 -en vísperas de la guerra entre los dos países- la cifra ya era superior cinco veces y, para el momento en que se iniciaba el largo periodo del liberalismo conservador mexicano, dominado por la figura de Porfirio Díaz, la diferencia de ese indicador era siete veces más.

Para entonces el ingreso promedio del norteamericano era superior no sólo al de México sino al de un buen número de países de Europa occidental; únicamente lo superaba, pero por muy poco, el ingreso de los británicos, súbditos del país con la economía vertebral del momento. Para los liberales originales, los Estados Unidos no sólo constituyeron un modelo de país sino que eran, en realidad, su utopía. José María Luis Mora no vaciló en calificarlos como «El pueblo más libre del universo»; su constitución servía de marco «al gobierno más simple, liberal y feliz de que tenemos noticia para la historia».

La guerra de 1847 puso al descubierto el carácter agresivo y rapaz de ese país ideal que eran los Estados Unidos, pero incluso ese hecho no llevó a algunos de los más comprometidos con la revolución política y social de México a desechar el modelo y su relación con él; después de todo, y desde la perspectiva de Lorenzo de Zavala, las guerras emprendidas por los norteamericanos serían, a diferencia de las europeas, guerras de «conquista de la industria y la civilización».

El costo de la utopía

En diciembre de 1847, cuando la Ciudad de México se encontraba bajo la ocupación militar norteamericana, un grupo de liberales, encabezados por Francisco Suárez Iriarte, tomó el ayuntamiento para iniciar, con el respaldo norteamericano, la organización de un gobierno cuya pretensión era crear ni más ni menos «un cuerpo político perfecto» capaz de iniciar la regeneración de la sociedad mexicana.

En realidad, algunos de estos liberales fueron aún más lejos: el enviado norteamericano para negociar la paz con México, el señor Nicholas Trist, informó a sus superiores sobre la existencia en México de un grupo liberal que buscaba transformar la ocupación norteamericana para lograr la anexión de México con Estados Unidos o, al menos, su transformación en protectorado, con la intención de usar al ejército invasor como punto de apoyo y palanca para desunir el militarismo santanista y la posición privilegiada de la iglesia, además de introducir en México las instituciones democráticas y económicas que permitieran al país superar las debilidades que la propia derrota frente a Estados Unidos había puesto en evidencia.

Durante la guerra de Reforma, y sobre todo en los momentos en que las fuerzas conservadoras amenazaban con aplastar de una vez y para siempre a los liberales; los más puros, como por ejemplo Miguel Lerdo de Tejada, consideraron que establecer de manera temporal a México en un protectorado norteamericano, o la cesión de territorios en el norte y de derechos de paso a perpetuidad al vecino del Norte, era un precio muy alto pero que valía la pena pagar si por ese medio se lograba derrotar de una vez por todas al proyecto conservador y al mismo tiempo introducir en forma irreversible los principios políticos y económicos del liberalismo.

Si finalmente no se puso en vigor el tratado que firmaron Robert McLane, representante del presidente Buchanan, y Melchor Ocampo, ministro de Juárez, que, como se sabe, cedía a los Estados Unidos los derechos de paso transoceánico a perpetuidad y hacía a los Estados Unidos garante de la permanencia de los liberales en el poder, ello se debió no a un repentino brote de nacionalismo liberal sino a problemas internos norteamericanos: las pugnas entre esclavistas y antiesclavistas que poco después estallarían en una terrible guerra civil.

El liberalismo hecho gobierno a partir de 1867 evolucionó hasta hacerse dictadura personal (la de Porfirio Díaz) y olvidarse, envuelto en los humos del positivismo, de sus ideas individualistas y libertarias. Pasadas las inseguridades y los problemas de los primeros años, y una vez superadas las serias dificultades provocadas por los incidentes fronterizos (abigeato e incursiones de indios nómadas), el gobierno de Díaz ya no pensó en ceder territorio ni soberanía al vecino del norte, pero insistió en ver la cercanía con Estados Unidos no tanto un peligro sino más bien un medio para conseguir la vieja meta: el progreso material de México. Concesiones ferroviarias, mineras, petroleras y de servicios urbanos fueron otorgadas desde un principio con generosidad por Díaz a los empresarios norteamericanos.

La revolución y el liberalismo soterrado

Al despuntar el siglo XX y pese al hecho de que Estados Unidos seguía siendo un importador neto de capital la norteamericana era ya la inversión externa más importante en México, superior a la británica. Para un observador tan profundo del Porfiriato en su etapa madura como fue Andrés Molina Henríquez, no había duda que para entonces el grupo socialmente dominante era el de los grandes propietarios extranjeros, y dentro de ellos, el de los norteamericanos.

La Revolución de 1910 y el nuevo régimen ha sido visto como la superación definitiva de la etapa liberal

mexicana. La idea del estado mínimo y la exaltación del individualismo y las fuerzas del mercado la sustituyeron por otra distinta: la del estado social.

Supuestamente, la Constitución de 1917 puso a la comunidad por encima del interés individual, devolvió un sitio central a la propiedad colectiva y obligó a la propiedad privada y al interés individual a que sirvieran al interés colectivo. Como resultado de la Revolución de 1910 a 1920, a la que se le vio como la primera revolución social del siglo XX, se legitimó el desarrollo de una compleja estructura de administración y producción de bienes y servicios que, con el correr del tiempo, hizo girar a la actividad nacional en conjunto alrededor del eje estatal. Sin embargo, el pasado liberal no desapareció tan rápido como lo hubieran deseado los constituyentes del 17, en particular aquellos que veían en alguna variante del socialismo, y no en el liberalismo, la racionalidad del futuro.

Como bien lo mostrara hace quince años Héctor Aguilar Camín, las políticas que efectivamente pusieron en marcha los triunfantes revolucionarios norteños encabezados por Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, estuvieron más cercanas a la visión de los liberales del XIX que a las de aquellos que deseaban superar el individualismo por la vía del colectivismo.

Los sonorenses, tras usar la retórica nacionalista heredada del carrancismo como una de las fuerzas necesarias para la construcción del nuevo régimen, buscaron la forma de hacer compatible ese discurso con una relación política y, sobre todo, económica, más estrecha con los Estados Unidos. En realidad, al final de sus respectivos gobiernos, Obregón y Calles optaron por definir el interés nacional del México revolucionario de manera que, en lo básico, fuera compatible y se apoyara en el norteamericano. Compatibilidad que quedó bien reflejada y definida en los acuerdos de Bucareli de 1923 y, sobre todo, en el más informal al que llegaron Calles y el embajador Dwight Morrow en noviembre de 1927.

Fue durante el cardenismo, y con el surgimiento del *estado activo*, cuando el nacionalismo político de Carranza se fundió con el nacionalismo económico y entre ambos le ganaron la partida al liberalismo sonoreño. La coyuntura de la Segunda Guerra Mundial y la posterior aceptación internacional de la legitimidad del *estado benefactor* fueron dos de las grandes fuerzas que, combinadas con la herencia nacionalista y revolucionaria, desembocaron en el modelo de industrialización protegida y sostenida por la intervención directa y múltiple del estado que hasta 1982 caracterizó al México postrevolucionario. Fue el éxito inicial de esta forma de crecimiento económico -el *milagro mexicano*- lo que permitió dejar de lado por más de cuarenta años la idea de asociar el desarrollo y modernización de México con una liga estrecha con los Estados Unidos, y hacer de la independencia relativa de México frente al gran poder imperial norteamericano una de las grandes virtudes de la dirigencia postrevolucionaria. Con el manto del nacionalismo la élite política autoritaria intentó, con cierto éxito, cubrir o justificar las fallas democráticas y de justicia sustantiva de su régimen.

El regreso del hijo pródigo

Hoy, cuando una crisis de gran magnitud obligó a la dirigencia mexicana a abandonar definitivamente la idea de una industrialización y modernización basadas en la independencia del mercado interno, cuando el comercio internacional se estructura en grandes bloques y obliga a México a buscar su integración al más próximo, la fórmula de los liberales radicales del siglo pasado vuelve a salir a la luz del día y a lanzar al centro del debate mexicano su audaz idea original: hacer que la relación mexicana con los Estados Unidos deje de ser un problema para el desarrollo del proyecto nacional y se transforme en el gran instrumento que dé solución al viejo problema mexicano: el de su modernización.

La confianza que los liberales puros de ayer y los neoliberales de hoy muestran en su *proyecto norteamericano* no asegura su éxito, pero de lo que no hay duda es que la posibilidad de hacer compatible el interés vital de un país periférico con el de una gran potencia, aún conserva todo su atractivo para una élite que busca con afán recuperar la seguridad perdida.

Notas:

1. Según cálculos de John Coats-worth en *Obstacles to Economic Growth in Nineteenth-Century Mexico*, *The American Historical Review*, vol. 83, núm. 1 (febrero, 1978), p.82.
2. Citado por Charles A. Hale en *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853*, México, Siglo XXI, 1972, p. 199.
3. *Ibid*, p.209.
4. José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana, (1846-1848)*, Xalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1986, pp.546-557.
5. John Fuller, *The Movement for the Acquisition of All Mexico, (1846-1848)*, Nueva York, Da Capo Press, 1969, pp. 138-140.
6. La literatura sobre este punto es abundante, pero el meollo del tema está muy bien presentado por José Fuentes Mares en *Juárez, los Estados Unidos y Europa*, México, Gri-jalbo, 1983.
7. Andrés Molina Henríquez, *Los grandes problemas nacionales*, México, 4a. ed, Ediciones Era, 1983, pp. 146-147, 299 y 303-305.
8. Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1977.